

Judith Lyon-Caen y Dinah Ribard, *L'historien et la littérature*. París: Éditions La Decouverte, 2010, 128 págs.

Publicado en 2010, *L'historien et la littérature* es un libro que se propone destacar las posibilidades de un diálogo entre los estudios literarios y la historia. En este sentido, se podría decir que se trata de un texto que desarrolla y sintetiza algunos elementos presentes, desde los años 80, en corrientes historiográficas como la nueva historia cultural o la nueva historia intelectual. Así, se trata de un ejercicio de interdisciplinariedad, en el que se muestra como un mismo objeto -la literatura- se puede abordar desde diferentes campos de estudios, con distintos enfoques teóricos y de manera complementaria.

Así, no se trata tanto de establecer una jerarquía entre ambas, buscando una más fundamental o prioritaria. Más bien, lo que se busca es establecer un diálogo productivo, poniendo de manifiesto los elementos que comparten las aproximaciones históricas y literarias. En este sentido, las autoras, Judith Lyon-Caen y Dinah Ribard, transitan por un espacio en el que se encuentran objetos, métodos, reflexiones teóricas, fuentes y enfoques analíticos. Es a partir de este espacio de reflexión desde el que se pueden sacar consideraciones fructíferas para ambas disciplinas. Para las autoras, el texto literario cobra sentido dentro de un contexto histórico, y recíprocamente, a través del texto literario se pueden entender los propios fenómenos históricos (políticos, sociales, culturales).

Ahora bien, la obra no es tanto un tratado teórico sobre las relaciones entre literatura e historia, como una introducción a dichos vínculos. Así, junto a una introducción y conclusiones, el texto se compone fundamentalmente de tres capítulos. El primero, “Ce que la littérature propose à l’histoire” es un recorrido por las formas en las que los historiadores se han aproximado a la literatura. En este capítulo circulan ideas como la de representación o la de “campo literario”, destacando autores como Pierre Bourdieu o Hayden White. El segundo capítulo, “Questions de méthode”, las autoras se aproximan a la problemática definición del concepto de “literatura”, y optan por situar dicho concepto como un producto histórico, contingente. Asimismo, también abordan otros problemas conceptuales: la noción de contexto, la relación entre literatura y testimonio o las ideas de texto, escrito y libro. El tercer y último capítulo, “Terrains”, se ocupa, ahora ya, de objetos y enfoques específicos a los que puede recurrir el historiador a la hora de aproximarse al texto literario. Hablamos aquí de la noción de recepción (Jauss), de la relación entre literatura y política y de los vínculos entre literatura y conocimiento. El libro se completa con unas conclusiones y una bibliografía.

En lo tocante a los usos que los historiadores han hecho de lo literario (capítulo 1), cobra un rol importante el uso de la literatura como fuente. Obras clasificadas como literarias -la idea de la literatura como una forma de clasificación de textos juega un papel importante en el segundo capítulo- son una fuente relevante en las aproximaciones historiográficas al Antigüedad y al mundo medieval. En este sentido, se destacan a historiadores como Jean-Pierre Vernant o Jacques Le Goff. Así, el enfoque fundamental sería el de la “historia de las mentalidades”¹. Para la Edad Media, por ejemplo,

¹ Jacques Le Goff, 'Les mentalités: une histoire ambiguë' en Jacques Le Goff y Pierre Nora (dirs.), *Faire l'histoire, vol. 3: nouveaux objets*, Gallimard, París, 1974, pp. 76-94

“[l]’étude des textes littéraires [...] permet d’interroger les modalités de la promotion de groupes sociaux ou de formes d’organisation politique et sociale” (p.13). Ahora bien, a partir del final de la Edad Media crece la distancia entre las “fuentes históricas y las “fuentes literarias”, debido a la emergencia de la literatura como una actividad social particular, destinada a la producción de textos con una cualidad estética. Para las autoras, “l’époque moderne pose ainsi de manière aiguë et complexe la question des usages de la littérature en histoire” (p.15). Así, los “grandes textos” deben ser situados no sólo en contextos políticos, sociales o intelectuales, sino también ser aprehendidos en su propio estatus como textos literarios.

Pero quizás el elemento de más interés de este primer capítulo es el dedicado al realismo literario y a la noción de representación². Las formas cada vez más detallistas de descripción de lo social en la novela a partir del siglo XVIII han llevado a los historiadores a acercarse a dichos textos como fuentes, debido a la abundancia de descripciones detalladas del pasado, así como por que estas obras “promettent de rendre ce monde lisible plus immédiatement qu’aucune archive” (p. 15). Por supuesto, el uso de las descripciones literarias como fuente tiene sus límites. Pensadores como Roland Barthes han destacado las formas en las que dichos detalles, incluso a veces poco importantes dentro de la trama de un relato, producen un “efecto de realidad”³. Esto es, hacen plausible los hechos narrados, dándoles una apariencia de veracidad. Y, además, toda descripción supone la inclusión de ciertos detalles, aspectos y eventos y la exclusión de otros. Aquí entran en juego los intereses de los autores, sus puntos de vista, sus opiniones. En este sentido, las posibilidades de la novela realista como fuente histórica se ven mermadas, siendo esta incapaz de presentar un relato objetivo.

Con todo, las propias limitaciones del texto realista -y en cierto sentido, de todo texto literario- abre otro espacio de posibilidades. A través de la noción de “representación”, la nueva historia cultural ha indagado, nos dicen las autoras, en las formas en las que la novela realista refleja los puntos de vista compartidos, las ideologías o los universos mentales en los que participan los autores y los grupos sociales a los que pertenecen. Aún más, en línea con el giro lingüístico, “[l]’histoire culturelle est très sensible, depuis les années 1990, à la manière dont représentations et discours produisent eux-mêmes le monde social, certains historiens allant jusqu’à estimer que celui-ci n’est pas connaissable en dehors des discours qui le constituent” (p. 21). Esto supone que los textos literarios, como manifestación de los discursos que constituyen la realidad social, son un objeto de estudio de especial interés para el historiador.

El segundo capítulo, dedicado a cuestiones de método, aborda una serie de precauciones metodológicas y teóricas que el historiador puede tomar a la hora de aproximarse al texto literario. Incluimos aquí los problemas derivados de los conceptos de “escrito”, “texto”, y “libro”, el análisis del discurso, el complejo problema de la contextualización, y la relación entre literatura y testimonio. Podemos destacar aquí

² Sobre esta noción, véase especialmente Roger Chartier, *El mundo como representación. Estudios sobre historia cultural*, Gedisa, Barcelona, 1992. Sobre la nueva historia cultural véase el capítulo 1 de Roger Chartier, *El presente del pasado. Escritura de la historia, historia de lo escrito*, Universidad Iberoamericana, México D.F., 2005, pp. 13-38; y Justo Senra y Anacleto Pons, *La historia cultural. Autores, obras y lugares*, Akal, Madrid, 2005.

³ Véase “El efecto de realidad” en Roland Barthes, *El susurro del lenguaje: más allá de la palabra y la escritura*, Paidós, 1994, pp. 179-188.

brevemente también la cuestión del propio concepto de “literatura”. Esta no es una categoría natural, sino que se trata de un concepto con su propio desarrollo histórico. Más bien, se trataría de un término que surge en el siglo XVII para designar la erudición y la cultura libresca y que acabaría apuntando a “un ensemble d’oeuvres écrites de genres divers constituant du fait de leur qualité esthétique un même ensemble distingué d’autres corpus écrits” (p.35). Y este concepto sólo tendría sentido en un orden social determinado, como un conocimiento propio de un grupo social, “les hommes de l’écrit”. Así, despegados de este orden social, el término literatura no sería aplicable de la misma manera a otros momentos históricos. Las tragedias griegas o los *roman* medievales tienen otras funciones sociales, aunque sean recibidos posteriormente como textos literarios.

Aunque esta precaución es muy importante y sin reflexiones de este estilo se pueda caer en problemas de anacronismo, quizás sea conveniente matizarla. Pues si bien es cierto, que las formas de utilización y circulación de lo escrito⁴ cambien históricamente, también es cierto que existen elementos comunes que permiten aproximaciones similares. Por ejemplo, a un nivel general, los conceptos de representación y discurso, como medios por los que se construye el mundo social, son aplicables tanto a una novela contemporánea como a una colección de *exempla* medieval, aunque cuando las formas específicas en las que se construye un discurso o se materializa una representación sean propias de cada época. De la misma manera, aunque como han mostrado pensadores como Michel Foucault⁵, la idea de autor tal y como concebimos hoy en día emerge en el siglo XVIII, es posible cuestionarse acerca de las formas en las se concibe la autoría en la Edad Media⁶.

Con todo, quizás lo más original del capítulo sea el apartado dedicado a “Littérature et témoignage”: “[c]ertains écrits sont composés en vue de la transmission d’une expérience, parfois extrême: souvenirs, mémoires personnels rédigés à l’intention des générations suivantes, témoignages sur des épisodes catastrophiques (guerres ou epidemies), expériences de l’hourreur totalitaire au XXe siècle [...]” (p.46). Si bien este tipo de textos son documentos que han sido vistos por los historiadores como poco fiables o veraces, D. Ribard y J. Lyon-Caen resaltan los posibles frutos que se pueden extraer de su estudio: “les historiens envisage souvent les témoignages avant tout comme une voie d’accès aux représentations d’une époque ou d’un événement” (p. 47). Asimismo, comentando obras como *Un día en la vida de Iván Denísovich* de Aleksandr Solzhenitsyn, se apunta que los testimonios sobre ciertas experiencias (el gulag, los campos de concentración nazis) se vuelven no sólo una documentación sobre unos hechos sino una manifestación del sufrimiento, de las experiencias mismas. En buena medida, todos estos elementos apuntan también a las ideas de la historia

⁴ D. Ribard y J. Lyon-Caen destacan, de manera muy adecuada a mi parecer, la necesidad de definir adecuadamente distintas categorías como lo escrito, la noción de texto -que ellas entienden como aquellos escritos introducidos como objetos de estudio dentro de la historia de la literatura- y la de libro -el soporte material de un texto, producto no de única intención, si no de la actividad de múltiples categorías de personas-. Véanse las páginas 39-43.

⁵ Michel Foucault, “What is an author?” en Michel Foucault, Donald F. Bouchard (ed.), *Language, counter-memory and practice. Selected essays and interviews*, Cornell University Press, Ithaca, 1977, pp. 113-138. Véase también Roger Chartier, *The order of books. Readers, authors and libraries in Europe between the fourteenth and eighteenth centuries*, Standford University Press, Standford, 1994.

⁶ Véase Alasdair Minnis, *The medieval theory of authorship: scholastic literary attitudes in the Later Middle Ages*, University of Pennsylvania Press, Philadelphia, 1984.

inmediata⁷, que comparte el interés por lo vivido, así como una preocupación por fuentes como las memorias, y testimonios.

Ahora bien, resulta especialmente brillante dentro de este apartado, que las autoras llamen no sólo a interesarse por textos como diarios, memorias, si no también por otro tipo de textos. Así, nos recuerdan, las catástrofes están a menudo asociadas a la producción de escritos. Pensemos en las pestes (medievales y modernas) y la producción de sermones que las interpretan como castigos divinos. En cierto sentido, podríamos decir que lo escrito, lo literario, tiene siempre un cierto carácter testimonial. Como bien recuerdan las autoras (pp. 57-60), los textos literarios se entienden dentro de una serie de contextos (cultural, político, social, intelectual, y propiamente literario). Y, siguiendo a Domenick LaCapra, podríamos decir que todos los textos tienen una serie de elementos “sintomáticos”, esto es, lo escrito incorpora y refleja aspectos de los contextos en los que está insertado, aunque también tienen aspectos “performativos”⁸. Además, afirman, los historiadores juegan un rol en la construcción de lo que se considera o no un testimonio: “Les historiens (...) n’héritent pas seulement de témoignages, tenus ou non comme littéraires, à évaluer: il arrive également qu’ils les constituent en désignant certains écrits comme des témoignages » (p. 51).

Finalmente, el tercer capítulo (“Terrains”) se dedica al examen de una serie de estrategias teóricas de utilidad a la hora de entender el texto literario, incluyendo la teoría de la recepción y la lectura, lo relativo a la sociología de la literatura, la literatura y lo político, y las relaciones entre literatura y saber.

El estudio de las formas de circulación y recepción de un texto literario, el primero de estos elementos, es un elemento central dentro de las llamadas nueva historia cultural y nueva historia intelectual. Con todo, no se trata de una preocupación reciente, sino que se trata de una cuestión con una larga historia y que atraviesa diversos campos. Pensemos en el Índice de Libros Prohibidos de la Iglesia, o las denuncias acerca de los daños de la literatura en el siglo XIX, que se reflejan en los recientes debates públicos sobre las consecuencias de los videojuegos. Para el estudio de los efectos de la literatura, D. Ribard y J. Lyon Caen destacan la aproximación teórica de la “estética de la recepción” de Hans-Robert Jauss, pero también enfoques como el de Roger Chartier, centrado en la materialidad de los textos y en prácticas de lectura específicas.

Estos son algunos de los elementos que se desarrollan en *L'historien et la littérature*. Se trata de un texto breve, pero a mi parecer de gran utilidad a la hora de introducirse en el estudio de la literatura desde un punto de vista histórico, así como estudiar, más en profundidad, algunos de las cuestiones que están presentes en la historia cultural e intelectual (representación, recepción, contexto). Además, no se trata de un texto únicamente teórico, sino que los enfoques están a menudo acompañados de ejemplos de aplicación, algo en lo que no hemos tenido tiempo de profundizar aquí.

⁷ Jean-François Soulet, *L'histoire immédiate. Historiographie, sources et méthodes*, Armand Collin, París, 2012, especialmente pp. 125-144.

⁸ Dominick Lacapra, "Rethinking intellectual history and reading texts", *History and theory*, vol. 19, n. 3 (1980), pp. 245-276.

Roque Sampedro López
Universidad de Santiago de Compostela
roquesampedro@gmail.com

Fecha de recepción: 23 de abril de 2020

Fecha de aceptación: 18 de mayo de 2020

Publicación: 1 de julio de 2020

Para citar este artículo: Roque Sampedro López, “Judith Lyon-Caen y Dinah Ribard, *L'historien et la littérature*. París: Éditions La Découverte, 2010, 128 págs.”, *Historiografías*, 19 (enero-junio, 2020), pp. 161-165.